

TRANSFORMAR EL CORAZÓN PARA SER CONSCIENTES DE LA CONVERSIÓN

Una experiencia personal de liderazgo ignaciano como educadora

Mariana Bohórquez Murillo¹

Diciembre 2022

Tras la enseñanza remota de emergencia, que tuvimos que desarrollar y vivir los docentes ignacianos, llegaron a nuestras mentes muchas interrogantes. Pero la que podemos destacar y convertimos en hilo conductor durante la experiencia, fue la siguiente: ¿Cómo puedo transformar el corazón de mi estudiante y hacerlo consciente de la conversión? No cualquier conversión; hablamos de buscar una nueva oportunidad de reconciliarnos y sanar esa herida que cargamos en nuestra relación con Dios, con los demás y con nuestra casa común.

Deseamos que nuestros estudiantes sean personas integrales, que se conviertan en verdaderos agentes de cambio, pero sin perder la mirada amorosa de su creador. Nuestros pilares fundamentales, educativos y metodológicos, buscan como norte que los estudiantes sean capaces de asumir sus propias limitaciones de forma integral e inclusiva, como hizo el propio Ignacio. La historia de Ignacio, igual que la de cualquiera de nosotros, no es la de un superhéroe, sino la de un simple «peregrino» —como se refería a sí mismo— empeñado en darse a los demás. Fomentamos una educación basada en una espiritualidad que nos humanice y transforme, que dé sentido a la vida, que nos impulse a tener pasión para construir un espacio más honesto y con sentido de justicia.

Aunque las clases eran virtuales, nunca dejamos de trabajar en nuestra metodología innovadora. Buscábamos ir descubriendo a ese Dios que habita y trabaja en todas las personas y contemplarlo en todo lo que nos acontece; lo realizamos mediante nuestros desempeños de comprensión, los cuales fueron contextualizados, globalizados y prácticos,

¹ Educadora en la Unidad Educativa Javier, Guayaquil, Ecuador. Artículo publicado en el Boletín Diciembre 2022-Enero 2023 del Centro Virtual de Pedagogía Ignaciana (CVPI), de la Conferencia de Provinciales en América Latina y El Caribe (CPAL) de la Compañía de Jesús.

buscando que los estudiantes sean capaces de abrir sus corazones y de vivir de forma empática y solidaria.

La conversión no es un vuelco de 180 grados, ni un cambio radical, sino que es un acto sutil pero profundo por el que dos extremos (alma y mente) se conectan y puedan ver nuevas todas las cosas en Cristo. Nuestro compromiso como docentes ignacianos fue siempre el de guiar a nuestros estudiantes a tener siempre los sentidos abiertos para captar las necesidades de nuestro entorno, que sean sensatos, que el mundo es un mundo herido, roto; y es el mismo donde Jesús caminó, conversó y abrazó; que su compromiso como estudiante sea el ser consciente de su talento, de sus habilidades y buscar nuevos horizontes desde la visión ignaciana del mundo; ser un agente de cambio, capaz de asumir un liderazgo transformador y de justicia.

Lo que más priorizamos en nuestro regreso a la presencialidad es lograr que los corazones de nuestros niños rebosen de entusiasmo, que al mirar sus clases lo hagan con ilusión, “con el corazón pintado de alegría”, que tengan hambre de crecer como personas, de ser, vivir y convivir.

Como líderes Ignacianos somos los primeros y principales transmisores de valores enseñándoles a cultivar el amor como se cultiva una planta: regarla, abonarla, apartar todo lo que hace daño. Es por eso que el verdadero desafío como educadores es mantener viva la llama del amor propio, potenciar la curiosidad y la capacidad de asombro, promover la capacidad de observar, de imaginar, de proponer y de inventar.

Han pasado dos años desde que empezó la pandemia por COVID-19 y juntos emprendimos una nueva etapa con un objetivo claro: educar para humanizar corazones como un acto de amor mutuo. Si podemos cambiar la realidad, estaremos cambiando el mundo. Estamos invitados a ser verdaderos transformadores que ayuden, acojan, protejan, brinden y sirvan al más necesitado. Que nuestra única manera de proceder sea “En todo amar y servir”.